

Poder, Sociedad y Cultura

Por Feliks GROSS, del Brooklyn College. Versión del inglés por Oscar Uribe Villegas.

E *L poder como un valor.*—El poder es uno de los elementos clave de la política. Es un fin por sí mismo, para quienes están obsesionados por la voluntad de poder, pero es solamente un medio para los idealistas. Es un bien supremo para algunos, pero mal extremo para otros. Como valor, sigue siendo elemento clave, piedra de toque de la política y de las personalidades políticas. Como valor-actitud o como urgencia es fundamental para la psicología social de la política, y problema fundamental de las ideologías y de los movimientos políticos.¹

El problema del poder es también un problema de libertad. La relación entre libertad y poder es un dilema básico para una constitución democrática. Un aumento en el poder del Estado ¿implica necesariamente limitaciones a la libertad personal? O bien ¿el incremento en la libertad individual impone restricciones y limitaciones al poder del Estado? Estos son dos de entre los muchos problemas perennes que se han debatido durante siglos; problemas de índole puramente académica, según algunos afirman, pero que, en realidad, no son meramente académicos.

El concepto, la filosofía del poder y la fuerza, es parte de la cultura total y de su desarrollo histórico; es un resultado de condiciones sociales,

¹ Bertrand Russell analiza sus aspectos sociales en *Power*. Allen & Unwin. London, 1938. Véase también Harold D. Lasswell, *World Politics and Personal Insecurity*. Charles E. Merriam, *Political Power*. T. V. Smith, *Power and Conscience* (los tres de Free Press. Glencoe, Ill., 1950. Para una penetrante discusión contemporánea y una moderna teoría del poder, véase: Robert Strausz-Hupe: *Power and Community* Praeger. New York, 1956. La bibliografía sobre este tema es muy extensa.

económicos y políticas tanto como una resultante de factores propios de las personalidades. Dentro de cada nación, dentro de cada cultura, podemos encontrar una gran variedad de ideologías política, pero cada una de ellas está influída, en una o en otra forma, por el *ethos* nacional. En cuanto a afiliación política, un inglés puede elegir entre conservadurismo, liberalismo y socialismo; sin embargo, sea cual fuere su elección, la misma tendrá siempre un cierto tinte de cultura británica. En la misma forma, aun cuando los británicos, franceses, españoles partidarios del socialismo compartan muchos valores, ideas y opiniones, ciertos elementos de su ideología diferirán a causa de las diferencias existentes entre las culturas nacionales respectivas, así como en las condiciones sociales, económicas y políticas de sus países.

En consecuencia, los conceptos de “poder”, “fuerza”, “violencia”, varían de nación a nación, en cuanto las actitudes que hacia ellos se desarrollan lo hacen al través de variadas experiencias políticas y sociales. De este modo, la filosofía del poder que se ha desarrollado entre estadounidenses, británicos y suizos, difiere de la alcanzada en Rusia, en Alemania o en algunos otros estados europeos continentales.

Filosofía de la fuerza y del poder.—En Rusia, la teoría política ha llegado a desarrollos extremos: el poder y el uso de la fuerza han llegado a considerarse bienes supremos, o bien como supremos males. Para el azar, lo mismo que más tarde para Lenin o para Stalin, el poder y la fuerza eran buenos en grado sumo. Konstantin P. Pobiedonostsev, defensor y filósofo del siglo XIX que luchaba en favor de la autocracia teocrática rusa² veía en la autocracia, en la ortodoxia y en el dogmatismo, valores positivos, considerado en cambio al parlamento, a la democracia y al liberalismo entre las “grandes mentiras de nuestro tiempo”. Cuando a principios de siglo se propusieron algunas reformas políticas, Pobiedonostsev arguyó, en nombre de la religión, que el zar no tenía ningún derecho para debilitar ninguno de los poderes que la Providencia le había concedido.³ En contraste con Pobiedonostsev, Tolstoi hizo una denuncia del poder, de la fuerza y de la violencia en cuanto males:

“Aun cuando el poder haya sido ganado auténticamente, quienes lo poseen no son en forma alguna diferentes a los demás hombres y, sin embargo, no están más dispuestos que los demás a subordinar sus pro-

² Thomas Garringue Marayk, *The Spirit of Russia, Studies in History, Literature and Philosophy*. Traducido del alemán por Eden and Cedar Paul. Allen & Unwin. London, 1919; 197-207. Véase también Constantin Pobiedonostsev, *L'autocratie Russe*. Payot. Paris, 1927.

³ *Ibid.*, pág. 204.

prios intereses a los de la sociedad. Por el contrario, teniendo el poder necesario para hacerlo así, a su disposición, se muestran más dispuestos que los demás a subordinar los intereses públicos a los propios.

“Por otra parte, la verdadera doctrina cristiana, al hacer de la ley del amor una regla sin excepciones, abole igualmente la posibilidad de cualquier violencia y no puede, en consecuencia, sostener, sino condenar, a cualquier Estado fundado en la violencia.”⁴

Pobiedonostsev se encontraba en la extrema derecha. En la extrema izquierda se encontraban los anarquistas (Berdiaeff llamó anarquismo a una ideología rusa), quienes consideraban el poder como padre y madre de todos los males sociales. El Estado, como foco del poder, constituía el principal villano y su mortal enemigo. Su meta era una sociedad sin Estado: una federación de comunas carente de instrumentos compulsivos, carente de policía y de ejército. Michael Bakunin, el Karl Marx del anarquismo, decía:

“Si hay un demonio en la historia, éste es el principio del poder. Es este principio, junto con la estupidez e ignorancia de las masas, sobre las que se basa siempre, y sin las cuales nunca podría existir, el que por sí sólo ha producido todas las desgracias, todos los crímenes y todos los hechos más vergonzosos de la historia. E inevitablemente este elemento maldito debe de encontrarse como un instinto natural en cada uno de los hombres, sin exceptuar a los mejores. Todos traen dentro de sí los gérmenes de ese apetito de poder.”⁵

“Toda teoría lógica y sincera acerca del Estado se encuentra fundada esencialmente en el principio de *autoridad* — o sea, en la idea eminentemente teológica, metafísica y política de que las masas, *siempre* incapaces de gobernarse por sí mismas, deben someterse siempre al yugo benévolo de una sabiduría y de una justicia que, en una o en otra forma, se les impone desde arriba.”⁶

Bakunin se enfrentaba así al viejo dilema de los medios y de los fines. El poder y el Estado son males y, por lo tanto, para él se justificaban la fuerza y la violencia en cuanto medios de destruir al Estado. Consecuentemente, el uso de la fuerza y del poder, considerados como medios, era bueno y útil.

Una contradicción aún más profunda es la que sostenían los popu-

⁴ Conde Leon Tolstoi, *The Kingdom of God is Within You*. Cassell publishing Co., 1894. pág. 102, 167.

⁵ G. P. Maximoff, ed., *The Political Philosophy of Bakunin: Scientific Anarchism*. Free Press, Glencoe Ill., 1953, p. 248. Reproducido con permiso de los editores.

⁶ *Ibid.*, pág. 33.

listas rusos o *narodniks* bajo los últimos zares. Su movimiento databa de la segunda mitad del siglo, y no es fácil reducir a unas cuantas frases los fines políticos de los diferentes grupos constituyentes del mismo o identificados con él. En ciertos períodos, los anarquistas tuvieron influencia sobre ellos, pero, por lo general, los populistas estuvieron más cerca de los demócratas socialistas, puesto que su finalidad consistía en transformar a Rusia en una república democrática y socialista.

Con todo, la autocracia rusa no proporcionaba ningún instrumental para una lucha abierta y legal hacia ese fin. La fuerza, considerada bajo la forma de revolución, era la única alternativa y, por ello, el terror y la violencia se utilizaron como medios de obtención de la democracia. A este respecto, es útil distinguir fines valorativos y actitudes. La democracia populista fue una meta valorativa; sin embargo, la lucha revolucionaria cotidiana modeló sus actitudes en el sentido del poder y de la violencia. La facción de los populistas recurrió a la violencia a pesar de que las metas que se deseaba alcanzar estuvieran constituidas por una ilimitación del poder y por la misma abolición de la violencia.

En marcado contraste, Lenin, Stalin y los otros comunistas no fueron nunca Hamlets atrapados por un dilema ético: ellos aprobaron la fuerza y la violencia ilimitadas como vías hacia el poder, como caminos para apoderarse de él, para consolidarlo y mantenerlo. La libertad quedó relegada hasta el final del milenio mismo, o sea, hasta aquellos días felices en los que el Estado, según sus concepciones, habrá de desaparecer. Para la generación siguiente la promesa consistía en la dictadura. Los populistas y, ulteriormente, los revolucionarios sociales, aprobaron el uso de la fuerza a falta de una democracia y mientras ésta no llegase a existir, pero, una vez lograda la democracia, esperaban que se aboliera la violencia y se limitara el poder. Lenin y Stalin adoptaron una postura opuesta, en cuanto sostuvieron que precisamente en ese momento debería de regir un poder irrestricto.⁷

Las ideologías fascista y nazi presentaban como anhelada meta la idea de un poder ilimitado puesto en manos de un dictador o "jefe"

⁷ Las opiniones de Lenin y de Stalin acerca del poder pueden consultarse fácilmente en *Dictatorship of the Proletariat*. International Publishers. New York, 1936, volumen denso de contenido que incluye un cierto número de extractos de escritos. Véase Lenin, *Left-Wing Communism: An Infantile Disorder*, pág. 42; Lenin, *State and Revolution* citado en la misma obra, págs. 66-7. *Collected Works*. Edición rusa. Vol. XXVI, pág. 286, citado también en págs. 49-50; *The Dictatorship of the Proletariat*. *Ibid.*, pág. 39; Joseph Stalin *Leninism*, Vol. I, págs. 266-9, 270-4, citado también en pág. 54 de la obra citada.

que personificara al Estado. La fuerza y la violencia eran dignas de aprobación y constituían parte esencial de su programa, y el terror, por su parte, constituía un método de gobierno. O sea, si hemos de decirlo brevemente, el uso de la fuerza por los privilegiados en contra de los no privilegiados se convirtió en principio guía de estas tendencias.⁸

Dentro de la filosofía de Gandhi —quien personificó más que ningún otro la filosofía política de una parte sustancial de la India—, contra lo que ocurría dentro de las filosofías autoritarias, el poder y la fuerza se consideran como males y no como metas valiosas o como “bienes” Gandhi rechazó el uso de la fuerza como arma de lucha, y el resultado de su filosofía fue la táctica de la falta de violencia. El enfoque de Gandhi de los problemas del poder y de la política fue esencialmente de carácter moral. La fuerte influencia de Tolstoi y de Thoreau le dio universalidad a su ideario.

“No debo de engañar al país. Para mí, no hay política sin religión. . . ; no la religión de los supersticiosos y de los ciegos, la religión que odia y pelea, sino la religión universal de la tolerancia. La política sin la moral es cosa que debe de evitarse.”⁹

“Hay, entonces, un estado de anarquía ilustrada. En tal Estado, cada uno es su propio gobernante. Se gobierna a sí mismo a modo de no ser nunca un obstáculo para su vecino. . . Pero, el ideal nunca se realiza totalmente en la vida. De ahí la afirmación clásica de Thoreau de que el gobierno mejor es el que menos gobierna.”¹⁰

Si volvemos la vista a los ingleses y a los estadounidenses, encontraremos un tercer conjunto de valores y actitudes hacia el poder. En las filosofías de Locke, de Mills, de Jefferson, de Madison, de Adams y de Acton, el poder es el mal; pero un mal que el hombre tiene que usar puesto que vivir en una sociedad y en un Estado requiere un apoyo para las leyes y para la defensa del país. Un cambio progresivo requiere de un orden, y es esto lo que ocurre con el ejercicio de los derechos cívicos. La tiranía fue abolida por la fuerza. Pero, el poder, siendo un mal, tuvo que usarse para contener, y hubo de ser limitado una vez establecida la democracia.

⁸ William Ebenstein, *Man and the State, Fascism, War, Dictatorship*. Benito Mussolini. Reinehart. New York, 1947, p. 309. Adolph Hitler, *Mein Kampf*. Houghton Mifflin Company. Boston. 1933, págs. 73, 186, 266.

⁹ D. S. Sarma, *The Gandhi Sutras* (las enseñanzas básicas de Mahatma Gandhi). Davin-Adair Company. New York, 1949, pág. 153.

¹⁰ Dhriendra Mohan Datta, *The Philosophy of Mahatma Gandhi*. University of Wisconsin Press. Madison, 1953. pág. 139

Los jefes e ideólogos de la revolución estadounidense hicieron contribuciones filosóficas y prácticas importantes en sus estudios acerca del poder. Pensaban que el poder es peligroso y que, por lo mismo, tenía que ser controlado y balanceado. Su enfoque era racionalista, empírico y no emocional. Sus esfuerzos representaban una especie de labor ingenieril en cuanto trataban de resolver los problemas de un mecanismo complejo. Hay en ellos un poco de Gandhi, de Bakunin, de Lenin o de Machiavelli. Los teóricos continentales (y su contribución fue, por supuesto, fundamental) estaban interesados en ideas de libertad, y supieron desarrollarlas, pero mostraron mucho menor interés en los problemas de su aplicación. El hiato entre la promesa y la realidad fue la debilidad eterna de las visiones políticas europeas. Los filósofos políticos estadounidenses se interesaron primordialmente en los métodos de aplicación al través de los cuales se pudiera pasar del principio general correspondiente al dominio de las ideas, al campo de la realidad. Puesto que la potencia era la fuerza, el problema consistía en crear un mecanismo para controlar y para humanizar esa peligrosa energía. A pesar de ser ésta la política, no debiera de identificársela, por supuesto, con la conducta política real. La tradición política estadounidense tiene también una corriente subterránea de violencia.

Los problemas de limitación del poder, y de relación entre libertad y autoridad fueron esenciales para la filosofía política británica. Como en el caso de los estadounidenses (que eran revolucionarios británicos) el enfoque de la libertad se hacía al través de o como limitación del poder. Tales eran los puntos de vista de John Stuart Mill en su ensayo *On Liberty*. En forma semejante, la discusión de Lord Acton acerca de la libertad es una expresión de los peligros del poder más que de las bendiciones de la libertad. Harold Laski, jefe, en su tiempo, del Partido Laborista Británico y notable político científico, también reconoció la necesidad de una cualidad coercitiva del poder, en una forma empírica, pragmática.¹¹ En último análisis, dice Laski, el Estado "está construido con base en la capacidad de su gobierno para realizar con éxito su supremo poder coercitivo".¹²

Los escritos de Lenin y de Stalin están consagrados en gran parte al problema de determinar la forma en que ha de conseguirse el poder, y un poder ilimitado, como un medio de establecer un Estado fundado en la violencia y en el terror. Jefferson, Adams, Madison, Acton y Mills

¹¹ Harold Laski, *The State in Theory and Practice*. Viking Press. New York, 1935, pág. 1.

¹² *Ibid.*, pág. 11.

tenían intereses completamente diferentes: su preocupación consistía en determinar la forma de limitar el poder, de proteger al individuo en contra del poder del Estado y en contra de las potencialidades que tal poder pudiera tener. Gandhi se enfrentó al dilema de buscar la reconciliación de la no-violencia con la necesidad de utilizar el poder. Para él, la no-violencia se convirtió en una técnica para alcanzar el poder sin recurrir a la fuerza. Una vez libre la India, sin embargo, surgió de nuevo el problema de ¿cómo administrar el poder sin la fuerza?; la dificultad de dicha posición se puso de manifiesto cuando el mismo gobierno de la India que había ganado la independencia al través de la no-violencia, tuvo que emplear la fuerza. Un estadista que usara el poder ilimitado sería: un villano político para Acton; un político astuto para Hitler, un loco político para Lenin o para Mussolini. Esto sugiere que el mismo símbolo —poder— es enfocado en forma distinta por cada uno de ellos; que ese mismo símbolo tiene diferentes significados: que refleja diferentes personalidades; que es reflejo, asimismo, de diferentes condiciones sociales y económicas.

El Individuo y la Sociedad.—Las variantes de interpretación del poder no pueden explicarse en términos de una sola causa: obviamente, los valores nacionales constituyen un elemento importante en la modelación o configuración de las actitudes que se asumen frente al poder, pero esas actitudes pueden cambiar con las cambiantes condiciones socio-económicas y, por otra parte, esas actitudes hacia el poder varían también de acuerdo con las ideologías y los tipos de personalidad. Con todas las actitudes, las políticas son un resultado del impacto de la sociedad sobre el individuo y del que dejan los individuos sobre la sociedad.

Dentro del marco de referencia que proporciona este amplio concepto de interacción entre los individuos y la sociedad, debemos tratar de analizar las causas de que se produzcan variaciones de actitud hacia el poder, en términos de diferencias en: 1.—Los valores de la cultura nacional, 2.—Las ideologías políticas, 3.—Las relaciones sociales, económicas y políticas dinámicas, y 4.—Las personalidades. Estas variables son importantes no sólo por ser el poder una parte del espectro solar de la política, sino por serlo también de la personalidad y de la ética del hombre. Una actitud de un hombre hacia el poder —hacia el uso de la violencia y de la fuerza— proporciona la base indispensable para enjuiciar su ética, para juzgar de sus enjuiciamientos morales y de su sistema de valores. A semejanza de lo que ocurre en las ciencias naturales, en las ciencias sociales la distancia entre un observador y los he-

chos que observa afecta la percepción. Del mismo modo, las inferencias basadas en diferentes grados de magnificación y de distancia o alejamiento entre el observador y lo observado, así como configuraciones variables de detalles y aspectos de integración, conducen a diferentes niveles de abstracción.

Los conceptos que sobre el poder tenga un individuo, nos proporcionan una imagen de su "personalidad política", o sea, de su relación con respecto a la sociedad y respecto de otros individuos. Desde este ángulo, podemos ver en detalle las dimensiones y la extensión de su personalidad autoritaria o no autoritaria. Desde otros ángulos y desde distancias mayores, podremos ver menos detalles, pero tendremos un contexto más amplio, puesto que podremos observar mayor número de manifestaciones de la interacción entre el individuo y su sociedad. Podremos ver la forma en que, por ejemplo, las potencialidades inherentes a los futuros dictadores de Alemania y de Rusia fueron moldeadas por los valores y por la sociedad nacional, y la forma en que los individuos se rebelaron contra ambos. Podremos ver la forma en que actúa el individuo autoritario, y bajo qué condiciones definidas —sociales, económicas y políticas— llega a triunfar. Podremos ver la forma en que los individuos influyen en las ideologías y el modo en que fueron influidos por ellas en cuanto al uso del poder.

El poder y los valores nacionales.—El problema de la cultura nacional y especialmente el de los valores nacionales es extenso y controvertido. No es fácil fijar características y semejanzas nacionales. Un opositor de la hipótesis de la existencia de valores nacionales comunes podrá encontrar siempre grupos de gentes con valores que difieran de los identificados como típicamente nacionales, pero, a pesar de estas limitaciones, el concepto de patrón cultural no puede desecharse tan apresuradamente: hay evidencia suficiente de que corresponde a la realidad social, aun cuando no pueda definírsele en forma precisa a causa de la multivalencia nacional. El concepto de "patrón cultural" es realmente importante para el análisis de las actitudes asumidas frente al poder. Los profetas de la autocracia fascista nunca tuvieron tanto apoyo entre las masas de la Gran Bretaña como entre las de Alemania. Nunca llegaron a reclutar cohortes numerosas, como puede testimoniarlo el que los grupillos de escasos camisas negras británicos del Oxford Circle y de Trafalgar Square nunca llegaron a constituir una masa pujante, regimentada, uniformizada, que marchara por las calles respondiendo, con el rítmico golpear de las pesadas botas, al mandato de un *Führer*.

La tradición, los valores nacionales y la educación británicos que se desarrollan dentro de un proceso democrático, pueden explicar en parte estas diferencias. La nación alemana enfatizaba mucho los valores disciplinarios, de gobierno fuerte, de sumisión al *Befehl* (al Orden) y patrones de conducta que se habían desarrollado en Alemania durante los años de gobiernos fuertes de emperadores, cancilleres de hierro y miembros de la casta militar. Estas tradiciones alemanas favorecieron la aceptación de un sistema autoritario de poder.

Las ideas de Tolstoi acerca de la no violencia no cambiaron el curso de la historia rusa, pues, si bien tuvo muchos admiradores en Rusia, sus conceptos no cambiaron ni la conducta de la autocracia ni la táctica de la revolución. Las ideas de Tolstoi-Gandhi tuvieron, sin embargo, éxito en la India, en donde el concepto de la falta de violencia se adecuaba a los valores nacionales de las masas, resultando efectivo en contra de una autoridad no autocrática, colonial, ya que, también importa señalar que los británicos, en la India, se mostraban mucho más reacios a hacer uso de la violencia que sus contrapartes rusos, según lo demuestra el hecho de que ni el zar ni Stalin hayan ahorrado violencias al tratar a sus "súbditos".

Estos ejemplos —por ciertos que puedan ser— representan una visión simplificada. Los valores nacionales no son sólidos, macizos, de una sola pieza: hay diferencias y contradicciones dentro de cada cultura, precisamente por el hecho de que hay grupos opuestos dentro de toda sociedad. Quizás el concepto de Gordon Allport¹³ acerca de la curva en forma de J pueda ayudar a aclarar el punto. En su discusión de las diferencias étnico-culturales, el reconocimiento de los comportamientos típicos de diferentes grupos étnicos es de enorme importancia; pero, al mismo tiempo, dentro del grupo étnico, las diferencias también son reconocibles; sí, por ejemplo, señala que, aun cuando el lenguaje que se usa por lo general en los Estados Unidos de América sea el inglés, un tanto por ciento de la población inmigrante conserva aún el lenguaje de su "vieja patria". En forma análoga, se supone que los católicos deben de asistir a la misa dominical, pero hay algunos que no lo hacen. En los Estados Unidos de América, las representaciones teatrales principian a tiempo y se desarrollan de acuerdo con un programa; el énfasis en la puntualidad es considerable, pero, con todo, hay gentes que no son puntuales. Sobre estas bases, Allport sugiere el que los patrones éti-

¹³ Gordon W. Allport, *The Nature of Prejudice*. Addison-Wesley Publishing Co. Cambridge, Mass., 1954, pág. 95.

cos pueden presentarse por una curva jotiforme o de forma de J, cuya rama mayor representaría a quienes se conforman con el patrón, en tanto que la rama corta correspondería a quienes no se sujetan a él.

La curva en J puede utilizarse para ilustrar los valores compartidos por la gente dentro de una misma cultura nacional; así, por ejemplo, el concepto del valor "libertad" en la Gran Bretaña, puede representarse por un histograma: en cuanto los partidos laborista, conservador y liberal están de acuerdo en principio en algunos aunque no en todos, los límites que han de imponerse al poder, puede decirse que comparten este valor y representan la rama mayor de la distribución en J, pero una minoría muy débil de totalitarios forma la rama izquierda, más bien corta (o si se prefiere, una rama derecha) de la curva en J.

Podríamos extender el concepto de Allport a otros diagramas en los cuales la curva en J se convertiría en una curva en U o en una en V. Así, por ejemplo, después de la primera guerra mundial, Alemania era una nación de opiniones divergentes y frecuentemente extremistas. El valor "poder", y la actitud hacia el mismo de los partidos democráticos (de los demócratas sociales, de los demócratas, de los centristas católicos) eran diferentes de los correspondientes al monárquico y nacionalista *Stahlhelm*, a los de los nazis, a los de los comunistas. Se trataba de una curva en U o en V, más que de una en J, con los partidarios del autoritarismo balanceando a los partidarios de la democracia. ¿Es correcto hablar, entonces, de una actitud característicamente nacional hacia o frente al poder, en un país donde se presenta tal división? Parece que sí, a pesar de todo. El pasado —la historia— tiene un poderoso impacto sobre las generaciones presentes.¹⁴ Fue la historia alemana la que pesó sobre las generaciones de la República de Weimar; era una historia llena de contradicciones, rica en tradiciones de un poderoso movimiento laboral democrático, pero también dentro de la que generaciones enteras se habían educado en las ideas y en las tradiciones del nacionalismo, del racismo, del folklore bélico y militarista.

El concepto de poder democrático en Alemania se forjó como complemento pragmático en la experiencia real. El gobierno democrático en el poder enfrentó las organizaciones y los partidos de derecha tanto

¹⁴ Alexis de Tocqueville en *Old Regime and the French Revolution* subraya el significado de la historia, del pasado, sobre el desarrollo de las instituciones y de los conceptos revolucionarios. Es de interés el que Karl Marx en *The 18 Brumaire of Louis Napoleon* enfatice que el hombre no hace su propia historia conforme le place, sino de acuerdo con circunstancias que vienen del pasado. La tradición pesa sobre las nuevas generaciones.

como los extremistas políticos. Estos partidos fueron un resultado del desarrollo y de las condiciones de Alemania. De este modo, el gobierno puso a prueba sus conceptos y sus técnicas de poder democrático en una sociedad llena de contradicciones políticas, sociales y económicas; los conceptos y las técnicas se moldearon en una situación real, en un conflicto de fuerzas socio-dialécticas; los valores abstractos del poder se tradujeron en formas de comportamiento, y los patrones de comportamiento no hicieron otra cosa que convertirse en expresivos de los conflictos. La interacción social moldeó los conceptos de poder sostenidos tanto por los amigos como por los enemigos de la democracia, y, en consecuencia, la oposición dialéctica de aquellos dos valores opuestos de poder fueron el resultado de una experiencia alemana.

Una tradición favorable a la solución de las diferencias mediante transacciones influye también en la determinación de las características de la lucha resultante de tales contradicciones. Así, por ejemplo, en ciertos períodos, los demócratas estadounidenses pueden favorecer un incremento del poder federal, en tanto que los republicanos pueden mostrarse favorables a un fortalecimiento de los gobiernos de los Estados como medio de encontrar un equilibrio para el poder federal, pero, tales diferencias de opinión no pueden compararse con las contradicciones existentes entre nazis y demócratas por lo que se refiere a los problemas del poder. Los demócratas y los republicanos coinciden por lo que se refiere a los derechos cívicos en la noción fundamental de que es necesario limitar el poder. La falta de acuerdo entre ellos no destruye los valores políticos básicos, en tanto que una transacción con el fascismo sí los destruiría.¹⁵

A pesar de que el poder político no es el único tipo de poder, los valores nacionales dominantes, por lo general, encuentran expresión en otras instituciones sociales: la iglesia, la escuela y la familia. Así, por ejemplo, la familia alemana es más autocrática, en tanto que la familia estadounidense tiende a ser más democrática y liberal; en una familia alemana, la posición del padre y su poder son fuertes, y su autoridad es casi absoluta sobre los hijos, cosa ampliamente aceptada. En una familia italiana, la jerarquía es importante, en cuanto el padre detenta el poder y los privilegios, y el hijo mayor tiene más poder y autoridad que

¹⁵ Max Weber carga el acento en el significado que tiene la clase para el desarrollo de actitudes específicas hacia el poder. Véase *From Max Weber* (conforme se cita) Parte II, págs. 180-264, especialmente pág. 233 y ss. Karl Marx sostenía que las relaciones económicas determinan las relaciones de poder (*Wirtschaftsverhältniss als Machtverhältniss*).

los hijos menores; en una situación como ésta, el sitio de la madre es específico: proporciona el elemento de ternura y amor, sirviendo de contrapeso a la autoridad paterna. En una familia estadounidense, el marido y la mujer comparten el poder familiar; los hijos también tienen poder y participan en las decisiones al través de las conversaciones familiares. La familia también es liberal, ya que los hijos más jóvenes disfrutan de mayores privilegios que los mayores; sin embargo, tan pronto como maduran, se igualan sus posiciones. De este modo, los conceptos de poder que se encuentran en cualquier cultura impregnan a la sociedad, y encuentran expresión en muchas de sus instituciones básicas. Puede notarse, asimismo, que, dentro de estas instituciones, la distribución del poder sigue haciéndose conforme a una curva jofiforme; así, por ejemplo, no es en todas las familias alemanas en donde la autoridad del padre permanece incólume, así como no todas las familias estadounidenses son igualitarias y tolerantes.

Los valores que se discuten no son simples conceptos abstractos; se expresan en acciones sociales y forman patrones abiertos de comportamiento. Tiene que vérselos, por ejemplo, en la política de un gobierno o en los actos disciplinarios de un padre, ya que estas son cosas observables, y las hipótesis que se hagan acerca de ellas son verificables. Tampoco están limitados o restringidos los valores a las naciones; algunos son compartidos por agregados culturales más amplios, como pueden serlo los países de la tradición occidental, y existen algunos que parecen ser universales. Herbert Spencer señalaba en su *Ethics* que el altruismo que se expresa en la actitud de una madre hacia sus hijos, es universal. Pero, los valores universales se expresan en una gran variedad de formas en las diferentes culturas, con lo cual se demuestra que la universalidad y la variabilidad de una cultura se reflejan en sus valores.

La libertad es un ejemplo especialmente bueno de valor universal general, aun cuando el anhelo de libertad se exprese en una gran variedad de formas, tanto dentro de las sociedades como entre ellas. Nadie desea tener las manos encadenadas; a nadie le gusta ser víctima de la explotación y del abuso, e incluso la tendencia hacia el poder autocrático es sólo un deseo de libertad ilimitada para un hombre, el autócrata, a expensas de la libertad de los demás; en tal caso, es una expresión autística, antisocial, egoísta, de esta necesidad. De este modo, la lucha entre el poder y la libertad —ambos conceptos universales— se expresa en diferentes tipos de actitud y en diferentes valores en las diversas nacionalidades y personalidades.

Las ideologías y las condiciones sociales y económicas.—Las concepciones del poder sostenidas en forma nacional (incluidas todas las contradicciones que pudieran contener) se expresan en las ideologías políticas; sin embargo, lo atractivo de estas ideologías depende de las condiciones dinámicas, económicas, políticas y sociales de aquellos a quienes se dirigen. El cambio de estas condiciones puede producir un cambio en las opiniones relativas al poder así como también puede provocar cambios en otros valores. Esto es así porque todos estos elementos no constituyen bloques separados entre sí, sino que se encuentran interrelacionados y en continua interacción.

El *status* de un individuo dentro de una clase puede influir también en sus actitudes frente al poder. Un miembro de la nobleza en una sociedad medioeval, o un miembro de la burocracia en un Estado prusiano tienen puntos ganados en el incremento del poder en virtud de o gracias al grupo al que pertenece; en forma análoga, un oficial alemán compartía el interés de su casta en el poder del ejército dentro del Estado alemán. Estos ejemplos muestran la forma en que las relaciones sociales y económicas influyen en las actitudes y en los valores individuales con respecto al poder.¹⁶

De este modo, la influencia cultural sobre la personalidad no puede reducirse solamente a los valores nacionales; junto a ellos, importan en la conformación del concepto y de la valoración del poder, las ideologías políticas, las relaciones de clase, las condiciones dinámicas económicas, sociales y políticas y, finalmente —pero no en grado menor— la poderosa influencia de la religión. Todos estos factores se encuentran en una continua interacción. La religión influye en las condiciones sociales, económicas y políticas y, a su vez, es influida por ellas. El valor “poder” está íntimamente relacionado con nociones como las de “jerarquía”, y como el concepto religioso de la jerarquía y de la disciplina impregnan las instituciones seculares, moldea el concepto general de dominio y sumisión. Incluso los ritos religiosos pueden convertirse en elementos importantes de control social. La institución medieval de la excomunión, que eliminaba a un individuo del libre ejercicio y de la participación en los ritos grupales, fue una importante fuente de poder, y debe de haber modelado las actitudes y las ideas de una comunidad. Por otra parte, el cristianismo y el judaísmo influyeron grandemente en

¹⁶ Los complejos de inferioridad —por otra parte— que buscan la superioridad, pueden llevar a varias formas de dominación. Véase Alfred Adler, *Understanding of Human Nature*. New York, 1928. *Individual Psychology* Humanities Press. New York, 1951.

la idea de restringir el poder; en el concepto de limitación de la autoridad real —incluso en la autoridad del pueblo— por una ley superior del tipo de los Diez Mandamientos. El concepto de un poder superior al gobernante temporal ya contiene una limitación del poder, y una restricción en el uso del control social. Las ideas democráticas de la filosofía de las leyes naturales probablemente puedan vincularse, en sus orígenes ideológicos, con estas limitaciones inherentes.

El papel significativo del elemento emocional en la conducta política también debe de mencionarse. El movimiento nazi en Alemania y la adoración del poder ilimitado por muchos alemanes educados, no pueden explicarse solamente en términos de los factores que hemos mencionado hasta ahora. Las reacciones humanas son a menudo inesperadas, y las tensiones emocionales que a veces aparecen en la historia no son fácilmente referibles a sus orígenes.

Personalidad.—A pesar de que el poder, en cuanto valor, pueda diferir de una cultura a otra, y de una a otra ideología, el poder, como necesidad psicológica, se encuentra en todas las sociedades ya que, sin él, ninguna sociedad puede existir. El poder se ejerce tanto en una comunidad como en una familia; el problema estriba en determinar cómo se ejerce y, en esto, podemos encontrar diferencias de personalidad y de grupo.

Un gran maestro de la psicología política, Alfred Adler, considera el poder como una necesidad humana básica, que puede encontrarse incluso en el niño que domina a sus padres y a aquellos que lo atienden; por ser considerado como un ser desvalido, el niño pide y recibe servicios y comodidades de continuo, e impone continuamente su voluntad. Los primeros años formativos, de acuerdo tanto con Adler como con Freud, son de primerísima importancia para el desarrollo de la personalidad. Es entonces cuando la familia del niño y sus compañeros, su grupo de juego, conforma sus relaciones de poder. De este modo, dentro de cada sociedad y dentro de cada cultura, encontramos diferencias de personalidad y diferencias grupales en la actitud y en los sentimientos frente al poder.

Diferentes ideologías acerca del poder atraen a diferentes tipos de personas; así, por ejemplo, una filosofía de no-violencia, atrajo a Gandhi, pero resultó repelente para Lenin. Parecería que tales diferencias surgen, por lo menos en parte, de diferencias en la estructura de la personalidad. Esto explicaría por qué razón Tolstói y Bakunin —el primero, un anarquista cristiano y un profeta de la no-violencia, y el úl-

timo, un anarquista y un partidario de la violencia (como medio hacia su ideal de ausencia estatal)— aun cuando hayan vivido en niveles sociales análogos, en cuanto miembros de la misma clase aristocrática, y hayan sido nutridos en la misma religión ortodoxa, respondieron a ideologías divergentes.

El terror y la no violencia atraen y requieren diferentes personalidades, diferentes experiencias, y diferentes valores. Un cambio en la ideología del poder de un movimiento político e incluso un cambio de táctica pueden tener su impacto en el proceso por el cual los miembros se lanzan al movimiento. Cuando en 1878, los populistas de Rusia cambiaron de táctica porque sus esperanzas de cambio al través de un movimiento de masas se había frustrado, la nueva táctica del terror individual atrajo y requirió de diferentes personalidades. Peter Lavrov, uno de los espíritus conductores del movimiento populista, escribió lo siguiente acerca de este cambio:

“El año de 1878 introdujo en el movimiento revolucionario una crisis que condujo a un cambio completo tanto en la división del partido en varias secciones, como en sus relaciones respectivas. Las formas de actuar se modificaron; el tipo revolucionario cambió. Los defectos y las virtudes tan característicos de las personas más prominentes en el movimiento hace algunos años, dejaron sitio a defectos y virtudes totalmente diferentes, que son las que caracterizan el movimiento revolucionario ruso de estos días.”¹⁷

Stepniak escribió con respecto a sus contemporáneos:

“Un cambio notable del tipo revolucionario data de este período. El revolucionario no era ya lo que había sido cinco años antes. Por entonces no se había rebelado por ningunos actos concretos, sino al través de un constante meditar acerca de ellos, por la repetición que se hacía de que las balas son mejores que las palabras, por alimentar proyectos sanguinarios que hicieron que su espíritu adquiriera tal disposición. De este modo se formó el hombre. Y el gobierno hizo cuanto estuvo de su parte para desarrollar más aún estas nacientes tendencias suyas y obligarlo a traducirlas en actos.”¹⁸

Cambio de actitud hacia la violencia y hacia la fuerza fue éste, que se reflejó en un cambio del tipo revolucionario y en cambios de conceptos y de valores.

Un jefe quieto y pacifista de Francia puede haberse unido a un

Peter Lavrov, Introducción a Stepniak (S. M. Kravchinaskii) *Underground Russia*. Charles Scribner's Sons, New York, 1892.

¹⁸ Stepniak, *Underground Russia*. Scribner's Sons, 1892. pág. 33.

movimiento subterráneo —cuando los nazis ocuparon Francia— y puede haber cambiado sus valores de no-violencia por otros valores de fuerza en contra del conquistador alemán. Si Francia hubiese permanecido libre, hubiera vivido toda su vida como ciudadano pacífico, molesto por la violencia de cualquier clase. Un cambio en las condiciones políticas puede producir un fuerte impacto sobre el individuo hasta el grado de alterar sus actitudes y valores y, en consecuencia, su personalidad. Precisamente fue esto lo que ocurrió durante la segunda guerra mundial bajo el impacto de la ocupación.

La ética sigue siendo una fuerza social muy potente y una guía de las decisiones. La lucha en contra de la opresión fue, en su mayor parte, una lucha revolucionaria ante la que el sistema feudal, y posteriormente, el régimen colonial hubieron de rendirse. Muchos de quienes emprendieron esta lucha pertenecían a las clases privilegiadas, y se movieron más bien por motivaciones éticas que por interés económico.

Un individuo realiza elecciones morales. Dentro de los límites impuestos por la sociedad y por potencialidades innatas, hay un elemento de elección y voluntad en el que el poderoso factor de los juicios morales individuales interviene. En este punto, la discusión se aproxima a los límites impuestos por la metodología y por la disciplina elegidos por nosotros. El problema del libre albedrío frente al determinismo es un debate interminable e insoluble. Sin embargo, sin una fuerza moral y una protesta moral —podemos decirlo con certeza— la historia se presentaría como un mecanismo inhumano.

En términos de comprobación científica, es difícil —si es que es posible— probar en forma definitiva que una experiencia singular dada haya sido una de las causas de determinada actitud frente al poder. Peter Kropotkin fue un anarquista que se opuso a cualquier autoridad, y especialmente a la autoridad del Estado. Creía firmemente que el hombre es bueno por naturaleza y que las instituciones destruyen su bondad. De niño, Kropotkin amó a su madre, que era tierna y afectiva y se opuso a la autoridad de su padre, quien más bien le disgustaba; su madre murió cuando Kropotkin era muy joven (aún en sus años formativos) y el nuevo casamiento de su padre dio como resultado la ruptura de vínculos con muchos de los parientes de Pedro. Estos hechos, citados en las memorias de Kropotkin, sugieren que las experiencias de la niñez temprana pueden haber contribuido a formar sus actitudes y sus opiniones acerca de la naturaleza humana. En forma análoga, la rebelión contra su padre moldeó actitudes que se reflejaron más tarde en contra del zar y de la autocracia. (Las experiencias de la niñez tem-

prana pueden haber contribuido a formar sus actitudes y sus opiniones acerca de la naturaleza.) En cuanto a las experiencias de la niñez de Lenin puede señalarse que las mismas proporcionan otra ilustración al respecto: su hermano, un populista revolucionario fue ejecutado en la temprana juventud de Lenin, y el joven Lenin supo que había sido colgado en una prisión zarista; esta experiencia traumática puede haber sido un factor en el desarrollo de la inmisericorde actitud vindicativa de Lenin hacia todo lo que olía a "clase gobernante". Los hechos relativos a la infancia de Kropotkin y de Lenin, así como a sus períodos juveniles, son ciertos, pero, ¿podemos probar que influyeron en la formación de sus respectivas personalidades? Puede ser que hayan existido otras experiencias traumáticas o puede ser que no haya habido ninguna otra. Una hipótesis de este tipo es útil en tanto recordemos que, hoy por hoy, hay que utilizarla sólo en forma tentativa y con toda clase de precauciones. El Dr. P. M. Yap, psiquiatra de la Universidad de Hong Kong, sostiene que la enfermedad mental de Hung Hsui Ch'uan, jefe de la rebelión de Taiping, en la última parte del siglo pasado, circunscribió su libertad de elección por lo que se refiere a ideología, mediante una "modelación peculiar de la mente". Fue "víctima de cierta compulsión psíquica, y de ciertas ideas fijas que, junto con un cambio de personalidad, dieron como resultado su temprana perturbación mental".¹⁹

Varias escuelas psicológicas han pretendido explicar la tendencia hacia el poder o el anhelo de poder. Harold Laswell (*Psychopathology and Politics*, Chicago, 1930) aplicó un marco de referencia freudiano. C. S. Bluemel (*War, Politics and Insanity*, Denver, 1950) atribuye esta proclividad hacia el poder autoritario, a tendencias obsesivo-compulsivas, y considera un deseo apasionado de ejercer la jefatura como un rasgo de una personalidad anormal. A. H. Maslow ("The Authoritarian Character Structure", *Journal of Social Psychology*, XVIII, 1943, 401-11) ve primariamente en una personalidad autoritaria un reflejo que se produce en un individuo, de todas las fuerzas ambientales que siempre han obrado sobre él.

Erich Fromm (*Escape from Freedom*, New York, 1941) combina un marco psicológico de referencia (freudiano hasta cierto punto) con uno sociológico, en tanto que Gustave Bychowski (*Dictators and Disciples, from Caesar to Stalin*, New York, 1948) combina un enfoque

¹⁹ P. M. Yop, "The Mental Illness of Hung Hsiu-Ch'uan, Leader of Taiping Rebellion". *Far Eastern Review* (1954), pág. 287.

histórico con uno freudiano, que enfatiza el impacto del pasado (la agresividad feudal del carácter alemán y el sentimiento de superioridad e importancia propia). T. W. Adorno (*The Authoritarian Personality*, New York, 1950) también aplica un marco freudiano de referencia, y sugiere que el problema de los patrones totalitarios de conducta, dentro de la política, es un reflejo de una estructura autoritaria de la personalidad. Las relaciones jerárquicas autoritarias paterno-filiales pueden llevarse a las experiencias infantiles y a los procesos de aprendizaje.

La *Proclividad hacia el poder*, de Alfred Adler, representa un anhelo básico de dominación sobre el ambiente; un proceso compensatorio de interjuego de los sentimientos de inferioridad-superioridad. Un individuo con sentimientos de inferioridad consigue sus anhelos de superioridad a través de sus intentos por dominar.

Muchos psicólogos subrayan correctamente la importancia de la estructura familiar sobre la formación de una personalidad autoritaria. Debe señalarse, sin embargo, que la familia es sólo una de varias instituciones sociales, y que hay otras que también influyen en el desarrollo de una personalidad autoritaria.

En la interpretación freudiana de la personalidad autoritaria y del apetito de poder, el problema de la figura del padre y de la rebelión en contra de la autoridad, desempeña un papel principal. Algunos escritores infieren la intervención del complejo de Edipo. Algunas interpretaciones freudianas estrechas, con su énfasis muy marcado en el complejo de Edipo y en la transferencia, no están sujetas a verificación, puestos que son estimaciones subjetivas, azarosas o aleatorias en cuanto proposiciones conceptuales y, a pesar de que esas interpretaciones psicológicas monocausales son interesantes y hábilmente elaboradas, el problema real es mucho más complicado.

Aceptar una sola explicación como base de un método definitivo de análisis, equivale a dar por saldado el problema prematuramente, antes de haberlo examinado por completo.

El estudio clínico difiere de la inquisición histórica, y es ajeno a las finalidades de este libro; sin embargo, un cierto número de intentos hechos en esta dirección por los psiquiatras es, con todo, de interés y de primordial importancia. Debemos repetir que la interpretación no es una verificación científica, y que la interpretación explicativa de hechos históricos sugiere tan sólo una hipótesis y no un hallazgo concluyente.

A pesar de que algunas características de la personalidad son innatas, parece ser que la personalidad resulta moldeada en proporción considerable por las experiencias de la primera infancia. La familia,

el grupo de juego, y algunas experiencias vitales singulares (como la de haber presenciado una batalla, una huelga, un accidente) pueden tener una gran importancia en la formación de la personalidad. Algunas de las potencialidades desarrolladas en tal forma jamás se activarían a no ser por el impacto de ciertas realidades sociales. Es muy posible que en América hayan nacido Hitlers y Stalins potenciales, pero es seguro que habrán tenido que orientar sus potencialidades dictatoriales por otros canales, dadas las condiciones pacíficas, políticas y económicas de la sociedad americana, de tal modo que, o bien se pueden haber convertido en neuróticos frustrados, o pueden haber orientado su deseo de poder en otros sentidos; conducir un automóvil de 350 caballos, de los que sólo se necesita un 10% para obtener una velocidad de 80 kilómetros por hora, con lo cual habrá adquirido el sentimiento de poder sobre la máquina, sobre el camino, sobre la velocidad.

Multivalencia.—Una personalidad multivalente es inconsistente y opera no sobre uno, sino sobre varios sistemas valorativos a menudo contradictorios. Tales individuos oscilan entre un cierto número de grupos que tienen sistemas valorativos contradictorios, y se rinden fácilmente ante el valor del grupo. Pueden pertenecer a un cierto número de grupos, y es fácil imaginar el caso de un alemán que fuera miembro de un sindicato y de una organización de veteranos, el cual, naturalmente, podría constatar que los valores de los dos grupos diferirían entre sí, por lo que, al desempeñar un papel social en el sindicato y otro con los antiguos soldados imperiales, algunas veces seguiría uno y en otras ocasiones el otro sistema de valores y las normas de conducta correspondientes. Por principio de cuentas, dicho alemán imaginario tendría valores inconsistentes, y enfrentaría difícilmente el problema de reconciliar los dos sistemas; bajo presión, gradualmente se desplazaría hacia el patrón autoritario. Sólo las personalidades fuertes tienen la capacidad para enfrentarse valerosamente a tales diferencias y decidir por sí mismas lo que es correcto, o elegir de entre los valores y patrones de comportamiento que resultan de los papeles conflictivos que es necesario jugar en la sociedad contemporánea, uno determinado.

Las naciones, como los individuos, son ambivalentes por estar compuestas por individuos, muchos de los cuales también son ambivalentes. Los alemanes han sido, como nación, mucho más ambivalentes que los británicos, y, de ahí que incluso un alemán, bajo una mayoría democrática, siga siendo temido por sus vecinos, en cuanto éstos saben que puede cambiar. Sin embargo, los británicos que forman parte de una

mayoría socialista, pueden desplazarse hacia los conservadores sin que este cambio implique ninguna modificación en conceptos básicos de libertad y poder.

Una persona puede expresar su creencia en los valores democráticos y no actuar, sin embargo, hacia sus vecinos y con respecto a su propia familia sino en una forma autoritaria. ¡Con cuánta frecuencia en los partidos o en los sindicatos democráticos los jefes ejercen poderes dictatoriales y no quieren oír hablar siquiera de disidentes! Esto puede observarse incluso en las universidades, en las facultades que favorecen sólo a los individuos que siguen los métodos aprobados de investigar y de enseñar. Los valores que un individuo profesa, y por los que aboga públicamente, pueden entrar en conflicto con sus normas reales de comportamiento. Tal personalidad se encuentra en conflicto con su propia ideología.

La historia registra casos de numerosas personalidades multivalentes que han estado colocadas en sitios elevados. Así, por ejemplo, Catalina de Rusia era liberal y progresista en su correspondencia y en sus conversaciones con los filósofos franceses, y, a pesar de todo, fue opresiva y autoritaria como gobernante del amplio imperio ruso. En forma un poco atenuada puede decirse lo mismo con respecto al rey de Prusia, Federico el Grande: las opiniones que expresaba ante los filósofos eran contradictorias en relación con su comportamiento político.

Interrelaciones.—A pesar de todas las dificultades que implica el estudio de las interrelaciones del individuo con la sociedad, tal análisis ayuda y posibilita un entendimiento de las diferencias de actitud frente al poder. En la Gran Bretaña de 1917, Lenin, cuando más, hubiese desempeñado el papel de un histérico impertinente en la Cámara de los Comunes. En los Estados Unidos de América, en 1945, Trotsky hubiese sido escuchado por una multitud selecta de descontentos en un departamento helado de Greenwich Village. En los Estados Unidos de América del año 1850, Tolstoi hubiese sido otro Thoreau, pero, en 1950, hubiese sido escuchado tan sólo por pequeños grupos de pacifistas; en la India, sin embargo, hubiera podido ser otro Gandhi. Hubo Lenins y Hitlers antes de que estos hombres surgieran; pero sólo en ciertos momentos históricos, en ciertas sociedades, pudieron desempeñar los papeles que desempeñaron. Si Lenin hubiese nacido 50 años antes, hubiese desempeñado un papel inferior como subordinado de Bakunin —quizá hubiese sido un Tkachev o un Nechayev—. En forma parecida, ha habido grandes momentos revolucionarios en la historia de Europa, como en

1945, momento de la liberación, en el que no hubo un gran caudillo que captara la imaginación de las masas con la idea de la unión europea.

Sólo ciertos tipos de hombre; sólo ciertas personalidades, son capaces de manejar un golpe militar o de convertirse en jefes de una revolución histórica. Pero, la captura del poder no se produce al azar; debe de haber una personalidad y una sociedad que posean actitudes específicas hacia el poder y la violencia para que se produzcan tales acciones precisamente en los momentos críticos del cambio social, cuando las tensiones políticas sociales y económicas aumentan. Los sistemas políticos opresivos y explotadores tienden a crear condiciones dentro de las cuales la violencia es el único medio de cambio. En tales circunstancias la violencia puede ser aprovechada por un individuo o por un pueblo que previamente la han aborrecido.